

HOMILÍA DEL NUNCIO APOSTÓLICO
S.E. MONS. PAOLO RUDELLI,
50 años de la Universidad Católica de Pereira
Pereira, 14 de febrero de 2025

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, quisiera, en primer lugar, manifestarles la alegría que tengo al estar en medio de Ustedes presidiendo esta Eucaristía de acción de gracias por los 50 años de la Universidad Católica de Pereira.

Saludo y agradezco a S.E. Mons. Nelson Jair Cardona Ramírez, desde hace pocos meses Pastor de esta Iglesia de Pereira y Gran Canciller de la Universidad, por haber querido confirmar la invitación que en su tiempo me hicieron S.E. Mons. Rigoberto Corredor Bermúdez, hoy Obispo emérito de Pereira, y el Revdo. Presbítero Behitman Céspedes de los Riós, Rector de la Universidad Católica de Pereira.

Quiero dirigir mi más cordial saludo a las autoridades académicas de la Universidad Católica de Pereira y de otros centros de educación superior aquí presentes, a los profesores, a todo el personal, a los estudiantes de hoy y a los alumnos de ayer, a las autoridades civiles, militares y de policía y a todos ustedes, hermanos y hermanas, que participan en esta celebración.

En mi calidad de Nuncio Apostólico, quiero transmitir el saludo del Santo Padre a toda la comunidad universitaria de la Católica de Pereira, junto con su bendición.

El 14 de febrero de 1974, exactamente hace 50 años, mediante decreto N. 865, expedido por la Diócesis de Pereira, se creaba la Universidad Católica Popular de Risaralda.

Ese acto era el punto de llegada de un camino de algunos años, en el cual confluyeron el compromiso abnegado de algunos estudiantes de la antigua Universidad de Risaralda y la actuación visionaria del entonces Obispo coadjutor de Pereira, Mons. Darío Castrillón Hoyos, quien después sería pastor de esta Iglesia entre 1976 y 1992, sucesivamente Arzobispo de Bucaramanga, para pasar a ser uno de los colaboradores más cercanos de San Juan Pablo II, como Cardenal y Prefecto de la Congregación para el Clero en Roma.

Quisiéramos hoy hacer memoria de él y de todos los que, en el marco de una feliz cooperación entre la Iglesia y las fuerzas vivas de la ciudad de Pereira y del recién creado Departamento de Risaralda, fueron entonces implicados en la fundación y en el desarrollo de esta institución, que desde el comienzo quiso ponerse al servicio de este territorio y del País entero, inspirándose por la doctrina social de la Iglesia y anticipando las mismas instituciones públicas.

Le damos gracias a Dios por la entrega de muchos, que ha permitido el logro que hoy celebramos: los Obispos de Pereira que se han sucedido a lo largo de estos 50 años, los directivos de la universidad, los profesores, el personal auxiliar, los mismos estudiantes y muchos generosos benefactores. La contribución de todos, - muchos están hoy aquí presentes, otros ya viven en Dios y se unen a nosotros desde la eternidad -, permitió que ese germen de la Universidad Católica Popular de Risaralda progresara, hasta presentarse hoy, Universidad Católica de Pereira, como un punto de referencia de la educación superior en esta ciudad y en el Departamento.

Tiene algún sentido que la fecha de establecimiento de la Universidad Católica de Pereira coincida con la fiesta de dos grandes hombres de cultura y de evangelización, los Santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los pueblos eslavos.

Cirilo y Metodio eran dos hermanos, nacidos en el siglo IX en el Imperio bizantino, quienes fueron enviados por el emperador de Constantinopla a evangelizar a los pueblos eslavos del Oriente de Europa.

Ellos, para poder anunciar el Evangelio, no solo aprendieron el idioma de esos pueblos, que parecía tan lejos de su lengua materna, el griego, sino que, para poderlo escribir, inventaron un nuevo alfabeto, que hasta el día de hoy es conocido como el “alfabeto Cirílico”, tomando su nombre de San Cirilo.

¿Porque un nuevo alfabeto? Los sonidos de la lengua de los pueblos eslavos eran muy distintos de los de la lengua griega; Cirilo y Metodio comprendieron que se necesitaban signos nuevos para fijar por escrito esa lengua. No se trataba de bárbaros, sino que la misma verdad del Evangelio necesitaba expresarse de una nueva forma, para ser entendida por nuevos pueblos.

Se cumplió en los Santos Cirilo y Metodio la misma palabra que hemos escuchado referida a Pablo y Bernabé, *“Yo te he establecido para ser la luz de las naciones, para llevar la salvación hasta los confines de la tierra”*.

Queridos hermanos, veo en esto algo que puede inspirar el trabajo de una universidad católica. El tiempo que vivimos lleva bajo muchos aspectos los rasgos del comienzo de una época nueva. El Papa Francisco ha utilizado muchas veces la expresión “cambio de época” para describir el tiempo en el que vivimos.

La globalización, el mundo de las redes sociales, el surgir de las aplicaciones de la inteligencia artificial, los retos del transhumanismo ... todo esto va creando nuevas culturas. Sería demasiado fácil tildar de barbarismos, o de barbaridades, todo lo que se presenta como nuevo. Por supuesto, no todo lo nuevo que avanza es bueno. Es necesario asumir los avances de la ciencia y de la tecnología con atento discernimiento. Sin embargo, si queremos seguir anunciando el Evangelio, nosotros, como lo hicieron los Santos Cirilo y Metodio, tenemos que aprender a hablar estas nuevas lenguas, quizás aprender a formular nuevos alfabetos.

Hace algunos años el Papa Francisco, en la Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, sobre la reforma de los estudios eclesiásticos superiores, afirmaba: “*Se trata, en definitiva, de «cambiar el modelo de desarrollo global» y «redefinir el progreso»: «El problema es que no disponemos todavía de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos»*”. Y añadía: “*Esta enorme e impostergable tarea requiere, en el ámbito cultural de la formación académica y de la investigación científica, el compromiso generoso y convergente que lleve hacia un cambio radical de paradigma, más aún —me atrevo a decir— hacia «una valiente revolución cultural»*” (*Veritatis gaudium* 3)”. Con otras palabras, podríamos decir: estamos en búsqueda de un nuevo alfabeto.

Ahora, ¿Cuál institución, sino una universidad, puede enfrentar esta revolución cultural, el reto de elaborar un nuevo alfabeto del progreso, un nuevo humanismo? De especial manera una universidad católica, esta Universidad Católica de Pereira, tiene que asumir el desafío y el privilegio de conciliar el progreso de las disciplinas científicas, según sus metodologías propias, con una renovada visión integral del bien de la persona humana y del bien común.

La vocación de una universidad católica tiene desde siempre un dúplice rostro: por un lado dar testimonio de la verdad que es Cristo y de cómo la relación con él sea inspiradora para la profundización del saber humano, por otro lado educar a hombres y mujeres quienes como humildes buscadores de la verdad, puedan entrar en un diálogo fecundo con las distintas culturas y con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, de cualquier creencia, para que el desarrollo de la ciencia en todas las disciplinas y todos los campos del conocimiento redunde en el bien de todos.

Los dos rostros no se contradicen: en Cristo brilla en plenitud toda la verdad, al mismo tiempo, sabemos que la verdad sobre las realidades de este mundo es tan compleja, que nadie puede poseerla o agotarla por sí mismo. Decía Santo Tomás de Aquino: *omne verum, a quocumque dicatur, a Spiritu Sancto est*. Que se podría traducir “*toda verdad, no importa quién sea quien la afirme, viene del Espíritu Santo*”.

Una universidad católica se encuentra entonces naturalmente en la frontera entre la luz de la fe, que es don de Dios, y las investigaciones de la ciencia, que son una tarea que acomuna a todos los hombres.

El Santo Padre, en la ya mencionada Constitución Apostólica *Veritatis gaudium*, destacaba tres dimensiones esenciales para el progreso de las ciencias eclesíásticas, dimensiones que bien pueden aplicarse a la misión de una Universidad Católica. Estas tres dimensiones son: la contemplación del rostro de Dios, la cultura del diálogo, la transdisciplinariedad.

En primer lugar, una universidad católica se alimenta del encuentro vivo con el Dios de Jesucristo. Un encuentro que no es un misticismo abstracto que se queda en el aire, sino que es participación a la mirada compasiva de Dios y se vuelve en compromiso para la transformación del mundo.

“Desde esta concentración vital y gozosa del rostro de Dios, que ha sido revelado como Padre rico de misericordia en Jesucristo (cf. Ef 2,4), – escribe el Papa Francisco – desciende la experiencia liberadora y responsable que consiste en la «mística de vivir juntos», que se hace levadura de aquella fraternidad universal «que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano. [...] De ahí que el imperativo de escuchar en el corazón y de hacer resonar en la mente el grito de los pobres y de la tierra, concretice la «dimensión social de la evangelización», como parte integral de la misión de la Iglesia; porque «Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres».”
(*Veritatis gaudium*, 4)

Podríamos decir que desde sus comienzos esta Universidad Católica de Pereira quiso unir contemplación y acción, juntando por un lado una atención especial a la persona del estudiante, por otro lado el compromiso con este territorio, con un desarrollo y a una transformación social que tomaran inspiración desde el Evangelio y la doctrina social de la Iglesia. El énfasis sobre el “Proyecto de vida”, que se manifiesta también en una vicerrectoría a eso dedicada, es expresión de esta doble atención.

Les invito a seguir fieles a esta intuición, a seguir buscando en la contemplación del rostro misericordioso de Dios en Jesucristo la clave para promover la vocación de cada estudiante y el servicio a la comunidad. Más cercanos seremos a Cristo, y más cercanos nos haremos a las necesidades de nuestros hermanos.

La segunda dimensión es la cultura del diálogo. Vivimos a nivel mundial un momento histórico marcado por muchas tensiones, enfrentamientos, hasta guerras. En este contexto, nos dice el Santo Padre: *“El Evangelio y la doctrina de la Iglesia están llamados a promover una verdadera cultura del encuentro, en una sinergia generosa y abierta hacia todas las instancias positivas que hacen crecer la conciencia humana universal; es más, una cultura —podríamos afirmar— del encuentro entre todas las culturas auténticas y vitales, gracias al intercambio recíproco de sus propios dones en el espacio de luz que ha sido abierto por el amor de Dios para todas sus criaturas.”*

La cultura católica nunca es un castillo encerrado en sí mismo, y una universidad católica tiene por su naturaleza la vocación a entrar en diálogo con todas las demás instituciones educativas y con todas las fuerzas vivas de la sociedad. Solo colaborando mutuamente podremos caminar hacia una transformación social duradera.

Hasta la cultura del individualismo radical que marca nuestra época y que parecería borrar toda referencia a lo trascendente nos interpela, necesitamos entrar en diálogo con ella, entender los anhelos al bien que muchos jóvenes y menos jóvenes expresan, detrás de posturas que no podemos compartir.

Una tercera dimensión para el progreso del conocimiento es la de la transdisciplinariedad. No solamente hay que dialogar con las distintas culturas: en el contexto universitario, y de especial manera en una universidad que quiere ser católica, abierta a la universalidad de la verdad, es esencial promover el diálogo entre las distintas disciplinas.

En un contexto cultural marcado por la especialización extrema de los saberes y por su fragmentación, tenemos que redescubrir el horizonte universalista de la verdad, que encuentra su criterio en la promoción del bien integral de la persona humana, del bien común de la sociedad, del cuidado de nuestra casa común, la tierra en la que vivimos.

Hablando de la trans-disciplinariedad, el Papa Francisco así se expresa en *Veritatis gaudium*: “*El principio vital e intelectual de la unidad del saber en la diversidad y en el respeto de sus expresiones múltiples, conexas y convergentes es lo que califica la propuesta académica, formativa y de investigación del sistema de los estudios eclesiales, ya sea en cuanto al contenido como en el método.*”

Tenemos aquí un reto, diría más, una vocación, para todas las disciplinas científicas que conforman nuestra universidad: preguntarse qué es lo que puedo aprender de otras áreas del conocimiento, de otras metodologías, y lo que puedo aportar a ellas. Entender que ninguna disciplina puede de verdad contribuir al bien de la sociedad si no toma en cuenta el aporte de las demás.

Más allá de todo pluralismo ambiguo, conflictivo, o relativista, el encuentro y el dialogo entre las distintas disciplinas y las distintas metodologías es lo que permite no perder el horizonte humanista que marca todo conocimiento y lo hace auténtico. Esto significa promover la transdisciplinariedad.

Quisiera terminar añadiendo la que podría ser quizás una cuarta y última dimensión para una universidad católica: el carácter popular. Aunque la calificación de popular haya caído del nombre oficial inicial, esta calificación no tiene que perderse en la identidad de la Universidad Católica de Pereira.

Tener una vocación popular, en el sentido más noble del término, significa ser una institución para el pueblo, en su totalidad, una institución que quiere ser incluyente, que quiere promover el caminar juntos de todos, el no dejar a nadie atrás. Es un poco el llamado que el Papa Francisco ha repetido muchas veces a las instituciones educativas católicas.

Veo reflexionado este carácter popular en el título del Plan estratégico de Desarrollo de la Universidad Católica de Pereira: *“Comprometidos de corazón, gestionamos el cambio para el desarrollo humano y regional”*.

Me parece que este compromiso de corazón para el desarrollo humano y regional exprese esa vocación popular originaria. Tener el orgullo de ponerse al servicio de toda una comunidad, de buscar una excelencia en el plan de la investigación científica y de la transmisión de los saberes, que se traduzca en un bien para todo un pueblo, de especial manera para los que son marginados: eso significa ser una universidad popular.

Queridos hermanos y hermanas, mientras la Universidad Católica de Pereira cruza el umbral de sus primeros 50 años de vida, y mirando a su futuro, expresamos el auspicio que ella pueda vivir a fondo las dimensiones de la misión de una universidad católica que hemos recordado: contemplar al rostro misericordioso de Dios en Jesucristo, abrirse al dialogo con las culturas de nuestro tiempo, promover una interacción fecunda entre las disciplinas del conocimiento, mantener su vocación popular.

Estas dimensiones, vividas en su conjunto, nos ayudarán a crear, como lo hicieron los Santos Cirilo y Metodio, un nuevo alfabeto, nos permitirán expresar también en la cultura de nuestro tiempo, la belleza siempre antigua y siempre nueva del Evangelio.

Así el Señor podrá decir también de nosotros: “Yo te he establecido para ser luz de las naciones, para llevar la salvación hasta los confines de la tierra”.